

LIBRO SEGUNDO

LA LUCHA



## CONSIDERACIONES GENERALES

La Iglesia y sus defensores maldicen el siglo XVIII porque hombres que se llamaban filósofos osaron atacar la revelación de Dios. Diríase que la lucha de la filosofía y de la religión data de ayer. ¡Extraña ilusión y ceguedad no menos extraña! La filosofía y la religión no pueden vivir en armonía sino con una condición, la de que la religión no proceda de una revelación milagrosa ni proclame dogmas que la razón no puede aceptar. Si, por el contrario, la religión se atribuye un origen divino; si como base de sus creencias establece misterios que la inteligencia humana no concibe ó rechaza, la concordia entre la religión y la filosofía es imposible. Por el mero hecho de proceder de la razón, la filosofía tiene que estar en oposición con una religión que contradice á la razón; y nada prueba tanto lo inevitable de esta oposición como el destino de la filosofía en la edad media: era una época de fe universal; los filósofos eran cristianos, y, sin embargo, apenas comienzan á filosofar conducen á sistemas absolutamente incompatibles con el cristianismo. ¿Quién creería que Espinosa, el príncipe de los libres pensadores,

tuvo precursores en la edad media? Empero el hecho es incontestable. Las alarmas de la Iglesia atestiguan que tenía conciencia del peligro que corría; mas confirman también que la alianza de la filosofía y del cristianismo es la más imposible de las imposibilidades. Jamás ha habido, jamás habrá pensadores tan sinceramente cristianos como los filósofos escolásticos; y en cuanto se ponen á pensar, la Iglesia se ve obligada á repróbarlos, los condena á todos, á los nominalistas como á los realistas (1), lo cual significa que la misma filosofía está proscrita; la Iglesia no la tolera sino en cuanto se humilla hasta desempeñar el papel de sierva de la teología, no admitiendo, por tanto, la ciencia sino á condición de que abdique su libertad para pensar como la Iglesia, ó, por mejor decir, para no pensar absolutamente.

Puede la filosofía aceptar en la apariencia esas cadenas, pero nunca más que en la apariencia; que Dios ha dotado al hombre del pensamiento libre, y si es su tormento, constituye también su grandeza,

(1) Véase el *Estudio sobre la Reforma*.



y no es más posible al espíritu humano renunciar á pensar libremente que cambiar su naturaleza. Cuando una fuerza exterior lo comprime, se repliega bajo el imperio de la coacción, pero volviéndose con tanta mayor energía contra los que le imponen la violencia. Italia, sede de una Iglesia intolerante, ha sido siempre la tierra privilegiada de la incredulidad. ¿Cómo filósofos que se decían cristianos podían profesar una doctrina que negaba la inmortalidad del alma, que negaba á Dios mismo? La filosofía incrédula fué una rebelión contra la tiranía de la Iglesia, y los filósofos se acomodaron á esta tiranía, afectando un profundo respeto á la fe que, decían, no tenía nada de común con la razón: como cristianos, creían todo lo que la Iglesia manda creer, y ante todo, la existencia de un Dios creador y la inmortalidad de las criaturas; como filósofos, les estaba permitido negar la creación y la vida inmortal del individuo. Jamás fué más sangrienta la oposición entre la religión y la filosofía. La Iglesia acabó por reconocer que esta filosofía tan respetuosa la conducía directamente á su ruina; pero por más que prohibiera á los filósofos enseñar que había cosas verdaderas según la fe que eran falsas según la razón, la contradicción existía y era insoluble.

Los defensores de la ortodoxia odian la Reforma por lo menos tanto como la filosofía del siglo XVIII: son tan ciegos en sus odios como en sus predilecciones. Mas los reformadores, lejos de inaugurar el reinado del libre pensamiento, lo detuvieron dando nueva fuerza á la fe, lo cual es otro testimonio que acredita la profunda incompatibilidad entre la filosofía y el cristianismo tradicional. Lutero era un sincero cristiano, y porque era cristiano persiguió á la razón y á los filósofos con sus invectivas. Pero no fué de larga duración el recrudescimiento de la fe, fruto del protestantismo: se puede trabar momentáneamente el curso del libre pensamiento, pero jamás se le encadena á la larga, porque sería destruir la obra del Creador. Apenas hubo pasado el siglo de la Reforma, cuando comenzó el de la filosofía; y entre los filósofos del siglo XVII se halla el libre pensador por excelencia, Espinosa. No todos los filósofos tuvieron la misma audacia; lejos de eso, lo que distingue á los pensadores del siglo XVII es el respeto al cristianismo; y hay que añadir que se llaman cristianos, y sería hacerles una injuria dudar de su buena fe. Su res-

peto no es ya aquella irónica sumisión de los incrédulos de Italia, que encierra un odio tanto más profundo cuanto era obligado contenerlo; pero cuanto más fe se reconoce en Descartes, en Malebranche, en Leibnitz, más se compromete la causa de la religión. Creían, no lo dudamos, que su doctrina se conciliaba perfectamente con la ortodoxia cristiana; pero el hecho es que tampoco se concilia, que la Iglesia los rechazó á todos como enemigos más ó menos encubiertos de la religión, enemigos sin que se dieran de ello cuenta, lo cual es mayor prueba todavía que la hostilidad abierta de la incompatibilidad radical de la filosofía y el cristianismo: si hombres convencidos de que su doctrina apoyaba los dogmas de la Iglesia arruinaban, sin embargo, la religión, ¿no es una demostración en cierto modo matemática de que el acuerdo entre la filosofía y el cristianismo es imposible?

Desde el siglo XVII existía, pues, la hostilidad entre la filosofía y el dogma; pero, á excepción de Espinosa, era tan lenta que no la notaban los mismos filósofos, creyendo, por el contrario, en la armonía de la filosofía y del cristianismo. Era esto una verdadera utopía; que no es posible la presencia de dos principios contrarios sin que se chasquen. Así estalló furiosa la lucha en el siglo XVIII: llámasele el siglo filosófico, y en cierto sentido merece este glorioso nombre. La filosofía se hace acción; no es ya el apacible pensamiento del siglo XVII, es un combate, y los combatientes están animados de las pasiones más violentas, el odio de lo pasado, el amor de la humanidad, la aspiración á una felicidad infinita que debe realizarse en esta tierra. ¿Por qué la filosofía, tan moderada, tan conservadora en el siglo de Descartes, se hace revolucionaria en el siglo de Voltaire? Si la filosofía no tuviera otra misión que entronizarse en el séptimo cielo, en el dominio de las abstracciones, se habría entendido en rigor con el cristianismo y no se habría llamado jamás Voltaire y Rousseau; pero había llegado el tiempo en que el pensamiento moderno quería realizarse en las instituciones civiles y políticas; y ¿cuál fué el enemigo que tuvo que combatir? Todos los privilegiados del mundo antiguo, y á su cabeza la Iglesia; era, de una parte, la inmovilidad tratando de mantener todos los abusos divinizándolos, y de otra, el progreso tratando de romper la resistencia que encontraba y no pudiendo romperla sin combatir la religión, por-

que la religión amparaba todos los abusos con su autoridad sagrada. Había todavía una razón más personal de hostilidad entre la filosofía y la Iglesia: el cristianismo tradicional no satisfacía ya los sentimientos y las ideas de la humanidad moderna; desde la edad media existía en el seno de las sociedades cristianas una oposición contra la concepción de la vida del catolicismo y contra el principio milagroso en que se funda; la oposición iba creciendo, y precisamente en el siglo XVII, que se tiene por enteramente católico, fué cuando adquirió un poder inmenso. Era el libre pensamiento bajo todas sus fases y con todos sus excesos. Entre él y el catolicismo era inevitable la lucha, y era una lucha á muerte.

Gritan los defensores de la Iglesia contra los excesos de la filosofía, y se dan aires de triunfo como si estos excesos y la filosofía fueran una misma cosa, no reparando que se deben imputar más al catolicismo que al libre pensamiento. Ya hemos dicho que el dogma católico conduce fatalmente al ateísmo, y el siglo XVIII es una prueba viva. ¿Por qué combatió la filosofía la idea misma de la religión? Por la razón sencilla de que el catolicismo enseña que fuera de su seno no hay religión posible. Los libres pensadores no querían ya á ningún precio el cristianismo tradicional; y como se les predicaba en todos los tonos que el catolicismo es la religión en esencia, se propusieron desde luego, para destruir el catolicismo, arruinar la religión. ¿De quién es la culpa? La filosofía del siglo XVIII se produjo en un país católico, habría sido imposible en el seno de una nación protestante, lo cual significa que de sus extravíos es la culpable la Iglesia: no debemos acusar y perseguir con nuestras maldiciones á los que hacen las revoluciones, sino á los que las hacen necesarias.

Empero, desde el siglo XVI había opuesto el patriarca de los libres pensadores á la religión revelada la religión llamada natural, lo cual implica que la religión está en la naturaleza del hombre, que es para él una necesidad y que halla también en las facultades de que Dios lo ha dotado los medios de satisfacerla. Esta idea no perece; volvemos á encontrarla en el siglo XVIII, y á despecho de las burlas de los ortodoxos contra esta religión imaginaria, ella es bien real, tanto que gana diariamente terreno á la ortodoxia. El terrible batallador de quien la reacción católica quisiera hacer

un Satanás mantuvo contra las exageraciones de su partido la noción fundamental de toda religión, la noción de Dios. En vez de poner por los suelos á Voltaire, se le debiera glorificar, porque si arruinó el catolicismo, salvó á lo menos la idea religiosa. Su rival, igualmente odiado por los reaccionarios, fué más allá. Rousseau se inspira en el sentimiento, mientras que Voltaire procede de la razón. Ahora bien, en la misma religión natural hay creencias de que la razón no puede dar una demostración matemática, aunque la conciencia las afirme con tanta fuerza como si se tratara de una verdad de geometría. Voltaire tenía á veces dudas acerca de la inmortalidad del alma; Rousseau no vacila en hacer de ella un dogma de su religión.

La *Profesión de fe del vicario saboyano* fué el principio de una reacción religiosa, bien legítima en su origen, porque combatía el materialismo de los ateos; pero la revolución le dió otra dirección y una tendencia bastante alejada de la inspiración de Rousseau. Habría querido la revolución realizar en veinticuatro horas lo que no debía cumplirse sino después de siglos: hizo tabla rasa en la religión como en la política, y se puso á construir una religión nueva, reemplazando los altares del Cristo por los del Ser Supremo, y en las capas inferiores se fué más allá: el culto de la razón degeneró en bacanales. Espantáronse de tales excesos las almas religiosas, y se produjo una reversión bien natural á las viejas creencias que, después de todo, valían más que las depravaciones de la diosa Razón; y además la persecución, por legítima que fuera bajo ciertos respectos, vigorizó á la vieja Iglesia, que se regeneró y adquirió nuevas fuerzas. En fin, el espantoso cataclismo á que condujo un siglo filosófico disgustó de la filosofía á todos aquellos cuyos intereses padecieron en el movimiento del 89 y del 93. De aquí el poder creciente de la reacción religiosa.

Ésta, por su parte, traspasó todos los límites: volvió á las creencias más supersticiosas: los santos, la Virgen, las reliquias recobraron su antiguo prestigio, y con las supersticiones de lo pasado se quiso restaurar también el poder de la Iglesia, que tiene en ellas su más sólido apoyo. El espíritu de dominación ha caracterizado siempre el catolicismo: se produce en pleno siglo XIX con una acribia tan singular, que si se dejara hacer á los reaccionarios, restablecerían la inquisición y sus ho-



guerras. ¿Cómo una reacción tan ciega, tan ininteligente puede durar en una edad que se enorgullece de sus luces? Hay que atribuirlo en parte á los intereses alarmados por las revoluciones cada vez más radicales que amenazan trastornar á la sociedad en sus fundamentos: ¡cuántos de esos pretendidos creyentes que llenan las iglesias no creen más que en una cosa, en sus escudos! Hay que tener además en cuenta la necesidad humana cultivada durante siglos: la educación de las generaciones nacientes que la sociedad civil abandona al clero con una culpable negligencia es el más poderoso instrumento de su dominación: bastaría por sí solo para encadenar á la humanidad, si pudiera Dios permitir que la humanidad quedara en las cadenas de la superstición y de la ignorancia.

Esos malos sentimientos no explican, sin embargo, suficientemente la extensión y la persistencia de la reacción religiosa. Queda siempre por saber cómo las generaciones educadas por Voltaire y Rousseau han podido volver á los altares que sus padres habían abandonado con desprecio. Hay un sentimiento más puro, más legítimo en la reacción religiosa que la ignoble superstición y la ambición más innoble todavía que la explota, y es la necesidad de la fe. No prevalecieron los filósofos sobre el cristianismo tradicional, porque la filosofía del siglo pasado no satisfacía la necesidad imperiosa que siente el hombre de creer en un Dios bueno y justo, en su providencia y en la inmortalidad de los seres á quienes ha dado la vida; y porque la mediana religión de lo pasado da á lo menos algún alimento al sentimiento religioso, á pesar de sus creencias supersticiosas,

recobró una parte del terreno que había perdido.

Una gran enseñanza resulta de los dos movimientos opuestos de destrucción y de reacción que se producen en el siglo XVIII y en el XIX. No basta la destrucción; los hombres no abandonarán jamás una fe, por imperfecta que sea, por una pura negación; que más vale, se dicen, un abrigo cualquiera contra las tormentas de la vida, que estar expuesto, desnudo y sin defensa alguna, á todas las tempestades. Mientras dura el combate, los que en él toman parte pueden entusiasmarse con la demolición que ejecutan; pero cuando el suelo está sembrado de escombros y se apaga el ardor de la batalla, ¿qué queda á los combatientes, qué á los que, extraños á la lucha, no tienen deseo de abandonar su morada, por miserable que sea, para acampar sobre ruinas? El tiempo de la destrucción ha pasado, ó, por mejor decir, no es sino reconstruyendo como podemos destruir lo que sobrevive á los golpes del siglo XVIII. Levantemos un edificio majestuoso que pueda recibir á todos los que piden un abrigo, y se apresurarán á dejar sus chozas. ¿Cómo edificar este nuevo templo? ¿Basta reunir las piedras informes sembradas acá y allá, tristes restos de la vieja religión? No es con materiales gastados y podridos como se construye un edificio duradero; no es en lo pasado en lo que es preciso inspirarse cuando se quieren robustecer las creencias religiosas, sino en lo porvenir; es necesario que lo pasado se transforme bajo la influencia de los sentimientos y de las ideas cuyo germen deposita Dios en el seno de la humanidad. Aprovechemos la lección y pongamos manos á la obra: no nos faltará el apoyo de Dios.

## CAPÍTULO PRIMERO

### LOS FILÓSOFOS Y EL CRISTIANISMO

#### § I. — Descartes.

##### I

Uno de los más nobles pensadores del siglo XVIII, Condorcet, decía en un discurso sobre las ciencias matemáticas, pronunciado en 1786, que "Descartes aseguró para siempre á la razón sus derechos y su independencia". Algunos años después decretó la Convención nacional, á propuesta de Chénier, que el filósofo merecía los honores debidos á los grandes hombres y que se trasladaran sus restos al Panteón francés; el redactor del dictamen justificó el proyecto diciendo "que una nación que se había hecho libre haciéndose filósofa debía una alta justicia al hombre prodigioso que enseñó á la humanidad á examinar y no á creer". Jamás se ha hecho de un libre pensador elogio tan magnífico. ¿Lo merecía Descartes? En el dominio de la filosofía pura, sí; pero no en la aplicación de la filosofía á la religión: como filósofo, se puede repetir con Hegel que Descartes inauguró el reinado del pensamiento moderno, y saludarlo como un héroe de la humanidad (1); mas no

es verdad que enseñara á los hombres á examinar en vez de creer. Esta gloria pertenece á su discípulo Espinosa: el pensador holandés es el maestro de los libres pensadores; Descartes, por lo contrario, en cuanto de él dependía, rebajó la filosofía ante la religión.

Vergüenza causa por la filosofía la lectura de la Epístola en que Descartes dedicó sus *Meditaciones* á la Sorbona: "Si os dignarais prestar tal atención á esta obra que quisierais sobre todo corregirla", (1). Es un filósofo que habla á teólogos, y se diría que es un niño que teme la férula si falta á una respuesta de su catecismo. La filosofía es el libre pensamiento ó no es nada; ahora bien, ¿se compadece la libertad de pensar con la censura? ¡Hé ahí un filósofo que va delante de la censura, que la solicita como un favor! Al fin de sus *Principios* declara formalmente Descartes "que no afirma nada, sino que somete todo lo que ha dicho á la autoridad de la Iglesia católica", (2). Un historiador francés dice que el filósofo trató de conciliar

(1) HEGEL, *Geschichte der Philosophie*, t. III, p. 328, 331.

(1) *Œuvres de DESCARTES*, t. I, p. 221 (ed. de Cousin).  
(2) DESCARTES, t. III, p. 525.